

Los partidos no hacen la democracia

Alfredo Acle Tomasini©

Los mexicanos tenemos la inclinación a confundir lo profundo con el rito; el fondo con la forma. Nos ocurre con la religión, nos pasa con la democracia. Así, hemos creído que sus estructuras y procesos formales son suficientes para que ésta exista y sea plena. Con ese ánimo, la población ha invertido fortunas y la mayoría participa cada tres años en las elecciones, pese a que los políticos no figuran entre los personajes de su mayor aprecio.

Avances tenemos, es cierto: hoy día los votos se cuentan; las urnas no se roban, ni se rellenan; los pesos y contrapesos del sistema electoral imposibilitan el fraude; hay alternancia en el ejercicio de los poderes públicos; éstos actúan con independencia, y el IFE goza de un positivo reconocimiento social. Hecho insólito para una institución pública que no sea el cuerpo de bomberos.

Sin embargo, en todo esto hay algo que no cuaja, que lastra e impide capitalizar el esfuerzo y los recursos que la sociedad ha puesto con la expectativa de disfrutar de los beneficios de la democracia; y lo que es peor, que ha convertido la búsqueda de ésta en una coartada para servirse del poder y no para servir desde éste.

Cuando ocurren cambios sociales, suele suceder que la realidad y necesidades de un país se coloquen por delante de su cultura política. Así, pese a que los viejos hábitos, valores y conductas sociales pueden ser públicamente desdeñados, en la práctica, al menos por un lapso, permanecen latentes y afloran a la menor oportunidad.

Ejemplo de este fenómeno fueron las críticas que Fox recibió respecto a su postura frente a la situación política de los gobernadores de Morelos y Oaxaca, y que de alguna manera tenían el propósito de que actuara como antaño lo hubiera hecho un presidente del viejo régimen; una llamada del secretario de Gobernación, una súbita enfermedad, y ya está, la solicitud de licencia indefinida.

Pero más allá de la lenta transformación de nuestra cultura política, el ocaso del presidencialismo no sólo significó que el Congreso asumiera frente al Ejecutivo un papel de contrapeso, sino que de facto se dotara a los partidos políticos, y en especial a sus cúpulas, de un poder que nunca habían tenido y menos aún imaginado, porque mientras el PRI estuvo subordinado al presidente de la República, éste designó a sus incondicionales dirigentes, en tanto que el dominio mayoritario de ese partido en ambas cámaras, y en los gobiernos y Congresos estatales le daba a la oposición un papel que se limitaba a la crítica y el rechazo, pero cuyo mínimo peso relativo no hacía necesario negociar con ella nada, salvo dar la impresión de que se le escuchaba.

La asunción de este poder por parte de las cúpulas partidistas pone en entredicho la efectividad de la división de poderes, porque de facto, hay un cuarto -amorfo, opaco, reelegible ad nauseam y libre de cualquier proceso de rendición de cuentas- que controla al Legislativo. Por ende, la gravedad de nuestra realidad política no se limita a una partidocracia que se encarama por encima del Congreso, sino que ella está controlada por

muy pocos, y de los cuales algunos ni siquiera son electos por el voto popular.

La reforma electoral que actualmente se discute permite advertir las manifestaciones de ese poder fáctico, porque aun cuando puede, en lo general, tener coincidencias con las percepciones de la sociedad, ésta quizás hubiera querido que se fuera mucho más lejos en temas como el uso de recursos públicos, la eliminación de las plurinominales, la rendición de cuentas y la posibilidad de las candidaturas independientes.

Y por el contrario, la reestructuración del IFE no estaba en la agenda social. Por ello se percibe como un ajuste de cuentas para demostrar quién manda de verdad, y que de darse, seguramente repercutirá de manera negativa en la opinión pública, respecto a la autonomía y credibilidad de las instituciones electorales.

Nuestro reto como sociedad es abatir la influencia de ese poder fáctico en la marcha del país. Éste debería ser el objetivo central de una verdadera reforma, tanto electoral como del Estado; discutir los minutos en la radio es una nimiedad, cuando unos cuantos pueden atrancarnos por años.

No pensemos que las formas y los ritos de la democracia son condiciones suficientes para que el país avance y explore nuevos horizontes. Años llevamos entrampados en una mediocridad avasallante, en una mezquindad que nos condena al imperio del absurdo. Democracia que no culmina en progreso no es democracia.